

Migración de la lectura

Leda Rendón

Las transformaciones en la difusión del conocimiento y la lectura que han surgido a través de Internet han tenido un impacto muy poderoso en nuestra manera de concebir la cultura y la conciencia. La escritora Leda Rendón explora en este texto algunos de los aspectos torales de esta mutación.

Estamos siendo testigos de una parcial migración de la conciencia. Alessandro Baricco apunta en su libro de ensayos *Los bárbaros*, al hablar de la distribución del vino que “el alma se pierde cuando se dirige hacia una comercialización en auge”.¹ Se podría también decir que el espíritu cambia de habitáculo. Ahora, por ejemplo, se encuentra —en su mayoría— en la red: condenado a la velocidad y al estímulo permanente; antes estaba en los libros, el cine, la televisión, entre otros, que promovían, hasta cierto punto, una idea de profundidad y voluntad. Hoy el *surfing* cibernético se ha convertido en el deporte favorito, en su práctica encontramos todo lo que antes estaba disperso en diferentes soportes o tecnologías intelectuales. La fragmentación es nuestro delirio, y “una nueva idea de experiencia y una nueva idea de civilización, reestructuración mental y arquitectónica”² nace y cuestiona los paradigmas de la cultura del esfuerzo. Se dice que ya no leemos libros completos, es suficiente con el resumen en algún blog o en Wikipedia.

La era Gutenberg ha llegado a su fin, afirman muchos, ya nadie lee, aseguran. Pero eso es mentira, una de las pruebas es que el año pasado se superaron las ventas de libros impresos por las de *ebooks*, es decir, las personas siguen comprando textos sólo que en otros so-

portes. El libro, ya sea digital o impreso —hasta ahora la más perfecta de las tecnologías del pensamiento—, enloquece a las masas cuando hablamos de James Pateson, que según la revista *Forbes* ganó el año pasado noventa millones de dólares y Stephen King treinta y nueve millones, de acuerdo a esta misma publicación. Otros como Janet Evanovich y John Grisham obtuvieron ganancias por encima de los veinticinco millones. Esto quiere decir que la gente sí lee, y lee mucho, además de libros: mensajes de correo electrónico, textos colgados en Twitter, chismes de Facebook, entre muchos otros, pero sus lecturas son oblicuas. Esto sucede quizá porque, como escribe Baricco, el libro es un “nudo por donde pasan secuencias originadas en otras partes. Una especie de transmisor nervioso que hace transitar sentido desde zonas limítrofes, colaborando en la construcción de secuencias de experiencias transversales”. Así la idea de una experiencia más amplia se privilegia: hay periódicos que venden películas, libros y aviones de juguete; películas que venden libros, muñecos de acción y ropa. Tenemos acceso a información gratuita que merca con nuestros delirios y nos hace comprar todo tipo de mercancías: zapatos, lentes, ropa interior y sexo. Al final siempre se trata de conseguir la mayor cantidad de dinero y acumular poder.

La sospecha de que las máquinas y las herramientas de trabajo forman parte del cuerpo humano parece ser una constante en la historia. Los individuos experimen-

¹ Alessandro Baricco, *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*, Anagrama, Barcelona, 2012, p. 46.

² *Ibidem*, p. 118.

tan sueños de fusión con ellas. La película *Matrix* es sólo un ejemplo. Y los estudios sobre la plasticidad del cerebro revelan que en efecto las herramientas que utilizamos forman parte de nuestro mapa mental —investigaciones en monos así lo demuestran—. ³ La correspondencia entre Friedrich Nietzsche y el compositor Heinrich Köselitz es reveladora al respecto; a través de ella encontramos un poco de claridad en nuestra situación de conexión permanente. Los amigos hablaron de cómo se modificó la escritura del filósofo con el uso de una máquina de escribir cuando ya estaba perdiendo la vista, su estilo cambió: se volvió más estricto y telegráfico: ⁴

“Hasta puede que este instrumento os alumbre un nuevo idioma”, le escribió Köselitz en una carta, señalando que en su propio trabajo, “mis pensamientos, los musicales y los verbales a menudo dependen de la calidad de la pluma y el papel”. “Tenéis razón —respondió Nietzsche—. Nuestros útiles de escritura participan en la formación de nuestros pensamientos”. ⁵

Al leer esta correspondencia una pregunta surge de inmediato: ¿cómo es ahora nuestra forma de leer, escribir y pensar? Sabemos que dependemos de las herramientas de trabajo para afinar nuestra mente. Pareciera que necesitamos “exocerebros” ⁶ que nos permitan comunicarnos con el mundo, porque el nuestro —cubierto por un exoesqueleto— está incompleto. De alguna manera estas herramientas, producto de la cultura, nos hacen telépatas: sabemos lo que el otro desea o piensa por el lenguaje, y qué es la red sino un lenguaje multimodal. El cerebro, dice Roger Bartra, es insuficiente y necesita de extensiones. El antropólogo mexicano lo explica así:

Es como si una parte del metabolismo digestivo y sanguíneo ocurriese artificialmente fuera de nosotros. Podríamos contemplar, plastificadas, nuestras tripas y nuestras venas enganchadas a un sistema portátil de prótesis impulsadas por sistemas cibernéticos programados. Esto ocurre en los *ciborgs* de la ciencia-ficción y en los experimentos realizados en primates, los cuales, gracias a un electrodo implantado, han logrado controlar mentalmente una conexión cerebro-máquina para mover a distancia un brazo robot. ⁷

³ Las investigaciones sobre la plasticidad del cerebro son muchas; los científicos que han hecho los más grandes descubrimientos son: William James, Santiago Ramón y Cajal, J. Z. Young, Michael Merzenich, James Olds, Eric Kandel, entre otros.

⁴ Paráfrasis del libro *¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* de Nicholas Carr, Taurus, México, 2011.

⁵ Nicholas Carr, *ibidem*, pp. 31-32.

⁶ Concepto extraído del libro de Roger Bartra *La conciencia y los sistemas simbólicos*, FCE, México, 2012.

⁷ *Ibidem*, p. 24.

Primero fue la invención del lenguaje —producto de la cultura—, ahora éste se ha ampliado, siempre gracias a la tecnología, y toma diferentes formas en Internet: fotografía, video y sonido. En la red todo busca producir estímulos para convertir a los usuarios en *yonkies* de la información o el juego. El *voyeurismo* y la interacción sexual entre usuarios es cada vez más grande: “...una de cada cuatro veces, cuando alguien escribe una palabra en un buscador, esa palabra está relacionada con sexo y pornografía”. ⁸ Ahora las posibles recompensas se encuentran en ella: mancha voraz y prótesis de la modernidad. Pero no sólo Bartra habla de la cultura como una extensión del cerebro, el neurólogo Joseph LeDoux nos dice en su texto *Sinaptic Self* cómo biología y cultura “hablan, en realidad, el mismo idioma, y en última instancia ambas surten efectos en la mente y el comportamiento mediante la conformación de la organización sináptica del cerebro”. ⁹

Nuestro ser está incompleto y experimentamos zozobra si no hay dispositivos como el lenguaje y la red que nos permitan comunicarnos con otros seres humanos. Sólo podemos disfrutar algo si lo compartimos. Paradójicamente el uso de las nuevas tecnologías parece promover el autismo: cada uno con su propio teléfono o computadora personal está en su océano lúdico-informacional, navegando por la superficie mientras colecciona experiencias. Un nuevo tipo de inteligencia surge de la conexión y el acceso permanente a la información, pero está muy alejada de la memorización y la profundidad. El nuevo tipo de cerebro que se construye privilegia la capacidad para relacionar conceptos o ideas, y como podemos revisar información de todo el mundo y en todos los idiomas, descubrimos rasgos similares y nos reflejamos en los pensamientos de seres amorfos cuya esencia está catalogada en unos y ceros.

Es normal que haya opiniones diversas cuando aparece una nueva tecnología del pensamiento. Baricco apunta que con la aparición de las novelas hubo también basura impresa; ¿por qué nos extraña que la haya en la red? En 1600 el escritor inglés Barnaby Rich dijo de los libros: “una de las grandes enfermedades de nuestro tiempo es la proliferación de libros que abruma a un mundo incapaz de digerir la abundancia de materias ociosas que todos los días se dan a la imprenta”. ¹⁰ Con esta afirmación es claro que frente a una nueva tecnología el contenido banal puede proliferar, pero está en nosotros encontrar dentro de la podredumbre joyas que nos permitan avanzar. Es verdad que “los bárba-

⁸ Alessandro Baricco, *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*, op. cit., p. 98.

⁹ Nicholas Carr, *¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, op. cit., p. 43.

¹⁰ Nota tomada del libro de Alessandro Baricco, *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*, op. cit., p. 103.

ros”, como nos llama Alessandro, experimentamos una enorme nostalgia por el pasado e intentamos a toda costa prescindir del alma, lo cierto es que ella siempre encuentra un lugar para habitar.

Esta forma diferente de navegar por el mundo invade los salones de clase, los espacios públicos e íntimos. La red es necesaria para casi todo. Si uno quiere cualquier tipo de información la primera idea es ir a Google—el oráculo moderno—. Cuando hablamos del buscador más popular hay que hacer un paréntesis, porque no se puede entender el ciberespacio sin él, ya que conoce nuestros patrones de búsqueda mejor que nosotros mismos: “Google se dedica, literalmente, a convertir nuestra distracción en dinero”.¹¹ De acuerdo a la empresa, la información es una mercancía útil que puede y debe ser extraída con la eficiencia de una maquiladora.¹² Pero el proyecto más ambicioso de este monstruo de la modernidad es digitalizar todos los libros del mundo, así la información estaría siempre disponible y, sus inventores, acumularían el poder. Pero existe todavía el problema de los derechos de autor que difícilmente se sorteará. Finalmente, lo que busca la empresa es la espectacularidad, así habrá más clics. Con este buscador surgen en los jóvenes y adultos de todo el mundo formas diversas de coleccionar los datos y de vivir. La memoria ya no es necesaria. Y esto va de la mano de diversos estudios en los que se demuestra que la lectura en red condena a los usuarios a un bajo nivel de comprensión de lectura y acumulación de datos. Pero sabemos que si el cerebro ya no utiliza su memoria de trabajo para este tipo de tareas, seguramente—gracias a la plasticidad del cerebro—servirá para hacer otro tipo de trabajos, como ser capaces de relacionar información de forma inédita.

En este sentido, el libro *Internet y competencias básicas* que coordina el profesor Carles Monereo es muy claro en cómo introducir en las aulas técnicas para encontrar esa información que debería tener como centro la búsqueda de la verdad. Esa “verdad” sólo se puede encontrar a través de la catalogación sistemática de la información, el contraste y el criterio personal. En este mismo sentido han surgido numerosos textos que pretenden alfabetizar a la población en la evaluación de sitios web. Encontramos, por ejemplo, la conferencia “Acerca de rupturas y continuidades en la lectura” de Emilia Ferreiro, “La competencia digital e informacional en la escuela” de Manuel Area Moreira, “Leer y escribir literatura fuera del aula” de Daniel Cassany, texto en el que reflexiona sobre las prácticas vernáculas de los alumnos lejos del salón de clase. En la colección

¹¹ *Ibidem*, p. 192.

¹² Paráfrasis de: Nicholas Carr, ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?



Textos e Hipertextos encontramos trabajos de Ysabel Gracida Juárez y Carlos Lomas, *Las TIC en la escuela, nuevas herramientas para viejos y nuevos problemas* de Daniel Goldin, Marina Kriscautzky y Flora Perelman y el *Manual de redacción para profesores e internautas* de José Carlos Arana, entre muchos otros, que intentan crear conciencia acerca de la importancia de conocer a fondo nuestra principal herramienta de trabajo: la web.

Artistas como H. R. Giger y Max Ernst han alimentado con sus pinturas el sueño tecnológico del hombre, cuya aspiración máxima ha sido construir inteligencias artificiales capaces de imitar y superar el pensamiento humano. Por desgracia, esto parece imposible: somos animales únicos, criaturas extrañas arrojadas al mundo con apenas unas cuantas habilidades, por eso creamos dispositivos que nos ayudan a sobrevivir. Los inventores de Google—Larry Page y Sergey Brin—han hecho grandes esfuerzos por inventar un algoritmo y así su red de información—Google—logre tener pensamiento, es decir, que sea capaz de crear una idea propia. Sin embargo, apunta Baricco: “Lo que está en la red, por muy grande que sea la red, no es el saber. O, por lo menos, no *todo* el saber”.¹³

Sin embargo, en la literatura transformada en imagen y sonido: el cine, las máquinas son más humanas que los hombres. Ejemplo de ello es HAL 9000, la computadora de *2001: Odisea del espacio* (1968) dirigida por Stanley Kubrick, *Yo robot* (2004) de Alex Proyas, filme

¹³ *Ibidem*, p. 102.

en que la computadora tiene una conciencia moral más elaborada que los propios hombres, *Moon* (2009) de Duncan Jones en la que el ordenador GERTY es la versión femenina de HAL. También está toda la saga de *Alien* en la que los *ciborgs* viven como seres humanos —no son ni malos ni buenos—. De ese modo también llega la fascinación por *Abre los ojos* (1997), *Dark City* (1998), la trilogía de *Matrix* (1999, 2003).

Deseamos un mundo incorpóreo, perseguimos *el olvido*.¹⁴ Queremos, mediante la red, vivir el vértigo de la velocidad. Pedimos a gritos experiencias rápidas y significativas que nos hagan coleccionar fragmentos de mundo.¹⁵ La experiencia del cine, la televisión y la radio atrapan en una ansiedad caníbal que rebasa al individuo. Pocas veces dejamos de saltar de un punto a otro. Pero de verdad, ¿hemos dejado de leer libros impresos? A diferencia de Nicholas Carr, que asegura que cada vez le cuesta más trabajo la lectura profunda y la concentración prolongada, hay peces¹⁶ que pasan de un estado a otro de la conciencia sin ningún problema. Es decir, nuestra alma no sólo está en la red; también está en algunos libros, pinturas, melodías y en la televisión. Es por eso que esta época en que la inteligencia se perfila diferente —algunos dicen que superficial— no eliminará aquello que la define o, como bien apunta Baricco, aquello que se vea impulsada a conservar, ya que “los lazos que no queremos romper, las raíces que no queremos perder, las palabras que queremos seguir pronunciando y las ideas que no queremos dejar de pensar... todo lo que se salve no será de ninguna manera lo que mantuvimos a salvo, sino lo que dejamos que mutara, para que se transformara él mismo en un tiempo nuevo”.¹⁷

Para que se operen cambios en las costumbres alimenticias, artísticas, etcétera, es necesaria la tecnología. Así, por ejemplo, la historia del arte no habría sido la misma sin la perspectiva o la cámara oscura. Tampoco el acceso al vino hubiera sido global sin la invención primero de la luz eléctrica y después del aire acondicionado. En suma, la historia de la humanidad no podría entenderse sin sus tecnologías del pensamiento; mucho menos sin la del libro. Entonces, ¿por qué aterrata tanto la llegada de Internet? Hay que esperar a ver qué pasa. Muchos estudios hablan de que la lectura en la red es dañina, ya que no permite a los usuarios retener información que después se podría utilizar para una

tarea en el mundo concreto pero lo cierto es que surge la pregunta obligada: ¿es necesario retener la información que está en la red? Para qué si puedes acceder a ella en cualquier momento. Lo que habría que entender es que nuestra computadora forma parte del cuerpo: es como un brazo más. Somos una especie que busca la conexión permanente con otros. Deseamos leer sus cerebros. Cómo podemos hacerlo: primero el lenguaje, después los libros y ahora la red. Así la tecnología se convierte en la prótesis de la civilización.

Condenados a desaparecer, queremos dejar huella a toda costa con el uso de las redes sociales o con la posibilidad de ser un cronista periodístico. Hemos convertido nuestra vida privada en un espectáculo público. Deseamos un reconocimiento inmediato. Compartir es la palabra clave. La voz de los usuarios se ha democratizado a tal punto que puede competir con los medios masivos de comunicación. El disfraz es la mejor herramienta para comunicarse en esta zona libre. Nuestro espíritu de coleccionistas ha evolucionado. Finalmente la nada nos espera del otro lado, pero si nuestra alma está en los objetos que moldearon nuestra mente es posible que en ellos radique el paraíso que tanto hemos buscado en otro lado. Somos los arquitectos tanto de la vida objetiva como de la vida simbólica, que quizá sea lo más parecido al paraíso que imaginamos. Hay quien experimenta la fantasía de que algún día las máquinas y nosotros seremos uno, o en palabras de Carr: “La conexión *es* el pensamiento... *es* el yo”.¹⁸

Si la hipótesis de este texto resulta cierta nos convertiremos en los seres eternos que tanto hemos añorado. Imposible compartir la argumentación fatalista que hace Nicholas Carr respecto al uso de la red, pues el estadounidense nos visualiza como zombies cibernéticos. Es mejor inclinarse a lo que Jerzy Skolimowski apuntaba en su película clásica de 1978 *The Shout*; en ella el alma de las personas se encuentra en una cosa personal, siempre extraña. Casi parecido a los objetos que devuelven la noción de realidad en el filme *Inception* de Christopher Nolan. Quizá suceda como apunta el filósofo francés Jean Baudrillard: “A cierto nivel de maquinización, de inmersión en la maquinaria virtual, deja de haber distinción hombre/máquina: la máquina está en los dos lados del interfaz. Quizá ya sólo seamos su propio espacio, el hombre convertido en la realidad virtual de la máquina, su operador en espejo”.¹⁹ **u**

¹⁴ Concepto tomado del libro *Los bárbaros*, *op. cit.*

¹⁵ Ideas tomadas del libro *Los bárbaros*, *op. cit.*

¹⁶ Metáfora muy utilizada por Alessandro Baricco, *idem*.

¹⁷ Alessandro Baricco, *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*, *op. cit.*, p. 212.

¹⁸ Nicholas Carr. *¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, *op. cit.*, p. 237.

¹⁹ Jean Baudrillard, *Pantalla total*, Anagrama, Barcelona, 1997, pp. 204-205.